
CAPITULO VI

De cómo enterraban sus muertos nuestros Indios de la Nueva España, principalmente se trata cómo eran sepultados los grandes señores. Trátanse cosas muy curiosas y dignas de ser sabidas.

Después de haber tratado en esta República de las Indias Occidentales, y de todas las cosas que yo he podido saber y hallar, que vengan al propósito de mi intento.

Paréceme que para ir dando ya remate y fin á esta obra, que será bien tratar de las ceremonias con que eran enterrados los muertos, pues ésta es la última obra piadosa que se suele hacer en el mundo con los cuerpos ya muertos.

Bien creo que ha de ser gustosa la lección, porque en ella se tratan varias cosas.

Ya, pues, queda visto en la República que llamé Gentílica, cuán obligados estamos á usar de piedad con los hombres que salieron desta vida, dejando el cuerpo á la tierra de donde fué formado, y pues allí toqué alguna doctrina moral, no quiero aquí detenerme, sino mostrar cómo y en qué manera sepultaban sus muertos los Indios, y con qué ceremonias.

Cuanto á lo primero, cuando algún Rey ó señor moría, luego se daba aviso á todas las provincias y pueblos á él sujetos, y también á los otros señores con quien tenía amistad, y como dicen acá, eran hermanos en armas.

Esto se hacía con tanta priesa que dentro de cuatro días venian todos los grandes de su reino á la corte, porque este tiempo estaba sin sepultar.

Luego que moría, poníanlo en una estera muy rica y pintada, que era entre ellos como ponerlo sobre un dosel de brocado, y allí lo veaban de noche y de día.

Venidos los señores y personas que habian de autorizar las exequias y mortuorio, traían los que tenían cargo de aderezar el aparato de

mortuorio, muchas plumas, muchas rodela y esclavos que habian de morir por el ánima del Rey, porque aquello les parecía á ellos que era gran cosa.

Ayuntados todos componian el cuerpo muerto, envolviéndolo en quince ó veinte mantas ricas, entretrejidas de ricas y sutiles labores, y metíanle una piedra preciosa, que comunmente era esmeralda, que los indios llamaban Chalchiuitl.

Decian ellos que aquella piedra le ponian por corazón, y lo mesmo hacian con los ídolos, porque ponian en sus pechos preciosas piedras, y decian que aquellas eran corazones de los dioses.

Primero que envolbiesen el cuerpo, cortábanle unas guedejas de cabellos de lo alto de la coronilla, en los cuales decian quedar la memoria de su ánima y el dia de su nacimiento y el de su muerte, y aquellos cabellos y otros que le cortaron cuando nació, que estaban muy guardados, poníanlos en una caja muy pintada de dentro, de figuras de ídolos.

Mortajado y cubierto el rostro, poníanle encima una máscara muy pintada, y allí antemano le mataban un esclavo:

Adornábanlo y vestíanlo de las armas é in-

signias de aquel principal dios, á quien tenian por patrón en aquel pueblo adonde moría el Rey, y era el más devoto en cuya casa ó templo se había de enterrar.

Todas sus mujeres y amigos y señores principales que allí se hallaban al tiempo que lo llevaban á enterrar, iban llorando, y otros cantaban, según les cabía el oficio; pero en este acto no usaban de instrumentos músicos, aunque entre todos ellos es costumbre muy usada, no cantar sino cuando tañen atabales.

Allegados con el cuerpo á la puerta del patio del templo, salia el gran sacerdote con todos los demás ministros á recibirlo, y entrados todos, en la parte del templo más principal, al pie de la escalera que subian á los altares, y adonde estaban todos los dioses, y el lugar de los sacrificios; luego así como estaba revuelto en sus mantas, y con muchas joyas que llevabapuestas, lo quemaban con tea y con otro cierto género de incienso, que llaman ellos Copalli.

Ya dije como luego que le ponían la máscara y lo revolvían en las mantas mataban un esclavo.

Este siervo no era así como quiera hombre vil y despreciado, antes era de los más priva-

dos, porque tenía cargo en la casa real, y era sacerdote de su capilla, porque ponía incienso en los altares de los ídolos que el Rey tenía en palacio, y este pago le daban en premio de su trabajo.

Es verdad que ellos lo mataban para que fuese su ánima delante para aparejar otro oratorio adonde había de ir la del Rey, y así acá y allá creían que iban á hacer un oficio.

Estando, pues, quemándose el cuerpo porque la ánima del Rey sintiese descanso adonde estaba matábanle muchos esclavos, y tantos más mataban cuanto el señor era poderoso, de manera que al Rey matarian muy muchos, y á otros menores príncipes no tantos.

Estos esclavos todos eran de los de su casa, y de los que habían traído sus amigos y los otros señores sus vasallos que habían venido á la salemnidad y obsequias.

Cuando los mataban sacábanles los corazones y echábanlos en el fuego para que así se quemasen con el señor.

Estos esclavos eran queridos de los señores, porque con ellos pasaban tiempo por ser corcobados los unos y otros enanos, y matábanlos para que en la otra vida sirviesen á su señor de darle recreación y alegría.

Cuando iban á este abominable sacrificio, iban vestidos de mantas nuevas y de respeto, porque así pareciesen en los infiernos, adonde iban criados y servidores de tan gran rey y señor.

Ponían en el templo y en el patio que era como entre nosotros cementerio, gran multitud de manjares y de bebida y muchas cosas, á denotar que en la otra vida había de tener lo mismo.

Algunos indios dicen que no sacrificaban aquellos hombres, ni ponían aquellas comidas suntuosas, porque creyesen que allá se comía y bebía y padeciesen las necesidades de acá, mas hacíanlo por la costumbre que tenían de honrar los entierros de los señores con echar aquellas riquezas en el fuego, en señal del amor que les tuvieron como leales vasallos.

Esto en alguna manera parece ser así, porque muchas veces en fiestas y regocijos que ellos acostumbraban de hacer, decían cantando:

—Cantemos y holguemos, porque después de muertos, en el infierno lloraremos.

Esto es también cierto, que creían que después de esta vida había aparejadas penas para los malos en el infierno.

Tenían por costumbre estas gentes matar un

perro para que guiase el ánimo del difunto, y la muerte que le daban era tirándole de flechazos, y habíale de herir en todo el pescuezo y no en otra parte, y muerto, poníanselo delante al muerto, y decían ellos que aquel perro lo guiaba, y pasaba los malos pasos que había en el camino, así de barrancos, como de agua.

Creía esta gente supersticiosa que si no llevaba perro no podía pasar los pasos muy peligrosos que había en el camino.

Los cuerpos de los esclavos no eran quemados después que morían junto con el del principal señor, mas en otra hoguera señalada que para esto había aparejada siempre expresamente.

Quemado el cuerpo del Rey otro día se cogía la ceniza, y si por ventura quedaba algún huesuelo suyo, también lo guardaban, y después con la guedeja de los cabellos que le quitaron cuando lo querían amortajar, y con la que también le quitaron cuando nació le metían en una arca ó caja hecha para este propósito.

Metían también dentro la piedra que le pusieron en la boca, si el fuego no la había quemado y consumido.

Esta arca ó caja estaba después puesta en

lugar decente y honrado y ponían encima de ella una figura ó estatua labrada de madera que era la imagen ó simulacro del señor ó príncipe muerto y á esta estatua hacían después muchos sufragios y oraciones (según sus ritos y costumbres que ellos usaban) las mujeres del muerto y sus parientes y amigos.

Llamábase esta ceremonia que esta gente comúnmente hacía y usaba, en su lengua, Quitomaltia.

Duraban las honras funerales cuatro días, en los cuales llevaban ofrendas muy grandes al lugar adonde había sido quemado.

Algunos que sentían más la muerte de su señor que otros, llevaban ofrendas á la mañana y á la tarde, empero lo común era una vez al día.

Lo mesmo se hacía delante de la caja y cenizas.

Al cuarto día que era el último de las honras, mataban quince esclavos, porque decían que en todos aquellos cuatro días iba caminando el ánimo y que tenía necesidad de ayuda y creían que le socorrian á buen tiempo matando aquellos hombres.

A los veinte días sacrificaban otros cuatro ó cinco esclavos y á los cuarenta dos, á los se-

senta uno ó dos, y á los ochenta diez ó más ó menos, según la dignidad y merecimientos del señor; esto era como cabo de año, y de allí adelante no morían más esclavos, empero cada año hacían aniversarios y memorias delante de la caja adonde estaban las cenizas, y entonces no se celebraba la solemnidad con sangre de hombres, mas sacrificaban codornices, conejos, mariposas y otras aves.

Ponían delante de la imagen del Príncipe que estaba sobre la caja incienso y ofrenda de comida y vino y rosas y unos cañutos y cañas que dicen ellos Acayetl.

Estas son unas cañas de á dos palmos llenas de cierta confección odorífera, cuyo humo se recibe por la boca y dicen ser sano para la cabeza, y esta ofrenda se hacía por espacio de cuatro años, en los cuales aniversarios y memorias todos comían y bebían hasta emborracharse y bailaban y lloraban acordándose de aquel muerto y de los otros difuntos.

Esto es lo que hallo de las fiestas y ceremonias; escrito que hacían á los Reyes de México y á otros grandes señores de algunas partes de las Indias.

Otras cosas diremos adelante de otras gentes de esta nación que eran algo diferentes.

Muchas destas gentes, como queda visto creían que dentro de la tierra había infierno y que contenía nueve casas, ó nueve habitaciones, á cada una de las cuales iba cierto género de pecadores.

Los que morían de su muerte natural de enfermedad causada, decían que iban al infierno bajo, los que de bubas iban á otra parte, creo que porque no se las pegasen á otros.

Los que de heridas tenían licencia de ir con los bubosos, los niños tenían lugar señalado; los que morían peleando y los esclavos que morían en los sacrificios, tenían creído que iban á los palacios del sol, y que allí descansaban, no que entrasen dentro, sino en ciertas moradas, por que junto al sol ninguno podía vivir.

Comunmente vestían á los difuntos de diversas maneras, porque les ponían las insignias de los dioses en quien ellos tenían más devoción y conforme á la enfermedad de que moría cada uno, así había Dios que tenía ropas señaladas y de aquellas también vestían al muerto que moría de la enfermedad que tenían aplicada al ídolo.

Al mercader amortajaban de una manera y al niño de otra, y al señor de otra, y los ricos se diferenciaban también en esto de los pobres.

Si moria uno en la guerra allí lo enterraban sin ceremonias, y cuando volvian de la guerra traían una saeta del muerto y dábanla á los de su casa, los cuales la componian y ataviaban y la tenian por imagen del muerto, y después vestida con las insignias del sol la quemaban.

A los que mataban por adúlteros, los de su casa les hacian una imagen y componianla con los ornamentos de un dios llamado Tlacolteutl, que quiere decir dios de la basura ó de la suciedad, á este encomendaban las ánimas de los tales porque holgaba de ser servido de hombres torpes y sucios.

A los que morian ahogados sino hallaban sus cuerpos hacíanles sus figuras y poníanles las insignias del dios del agua, porque lo hiciesen bien con ellos pues los habia llevado para sí.

En algunas partes á los que no eran casados aunque vestian y ataviaban sus cuerpos no los quemaban, mas sepultábanlos debajo de tierra, esta manera de sepultar los difuntos era lo más común en todo lo más principal de la Indias Occidentales.

CAPITULO VII

De las ceremonias que se guardaban en los entierros y sepulturas de los Reyes de Mechuacan, de la mucha gente que mataban para enterrar con el Rey.

Todavía en diversos reinos y provincias de las Indias habia diferentes maneras de sepultar los muertos, y si en alguna parte se trataba este negocio con gran cuidado, era en el reino de Mechuacan, y ansi me parece que es bien que digamos algo, que no sabrá mal al que es amigo de saber cosas tales, cuales esta república tiene.

Cuando el Rey de los de Mechuacan enfermaba, todos sus médicos se juntaban para cu-